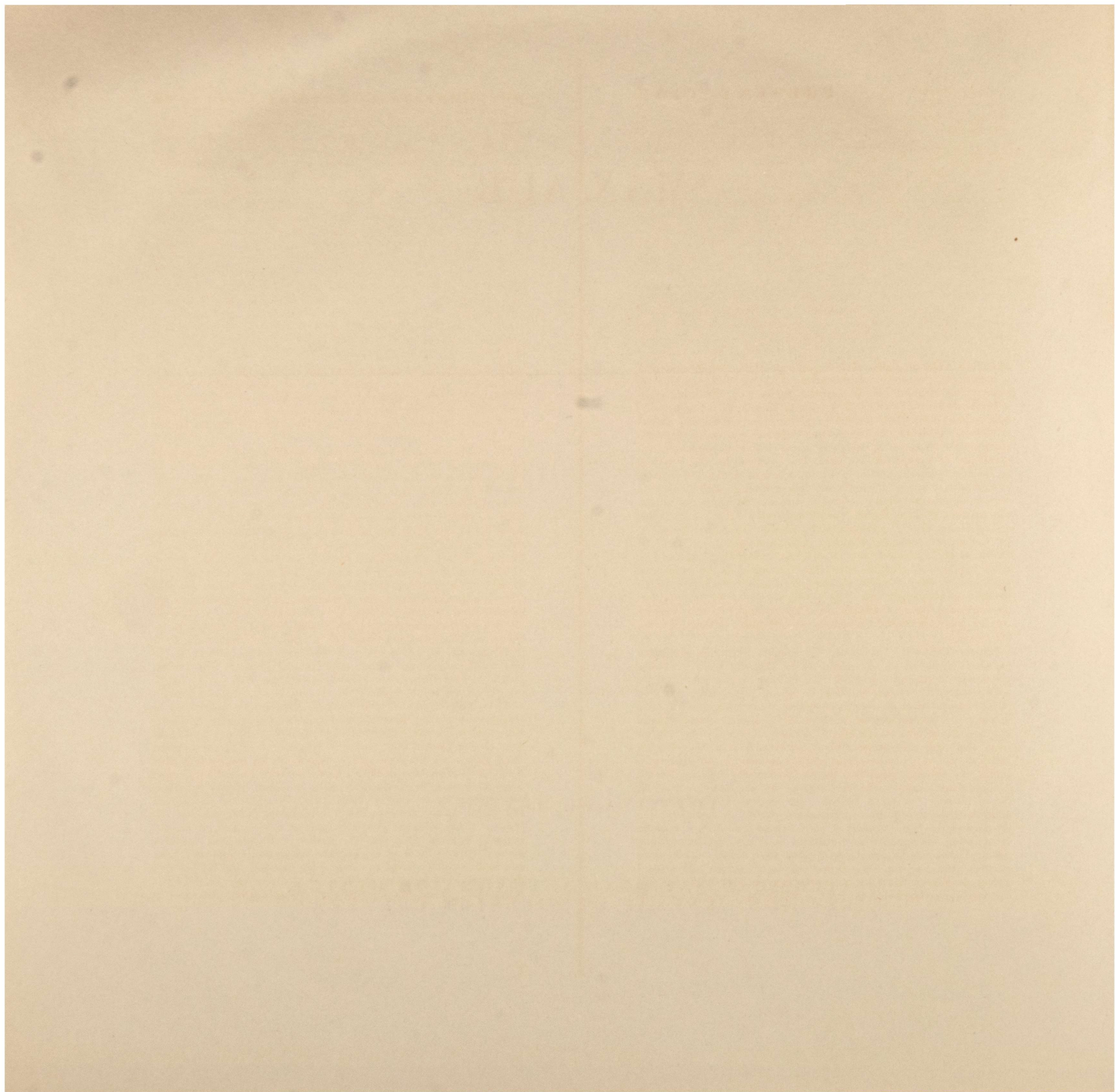


MAX AUB

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL



PRESENTACIÓN

Max Aub nació en París, el 2 de junio de 1903, de padre alemán y madre francesa. Hay una fotografía suya, de 1907, al lado de su hermana Magda. Está de pie sobre un banco; viste traje marino: blusa holgada, de cuello y corbata anchos; el pantalón le da a la rodilla; lleva botas de lazo y calcetines largos; reclina el brazo derecho sobre la cúspide de una columna que imita, a profusión, estilos antiguos; y apoya la mano izquierda en la cintura, apretando la pretina de la blusa. En su cara de niño, destaca la boca entreabierta, sensual; los ojos miran ávidos; el cabello es ondulado y rubio. Poco después iría al Collège Rollin. Tendría once años cuando estalló la guerra europea. Su padre se hallaba por aquellos días en España; temió regresar a Francia, donde corría el riesgo de ser internado, como súbdito de un país enemigo. La familia se trasladó a España y fijó su domicilio en Valencia. De ahí es Max, a igual título que de París, y de México. Ahí estudió en el Instituto, y aprendió el español, que había de ser su idioma, su lengua, y del que haría su lenguaje. Cuando termina el bachillerato, resuelve dedicarse a la profesión de su padre: viajante de comercio. Recorre España de 1920 a 1924, familiarizándose con su gente. Max Aub, pudiendo ser alemán o francés, decidió ser español.

Manuel Tuñón de Lara dice: "El hombre Max Aub que toma esa decisión se ha ido formando en la Valencia tensa y abierta a todas las inquietudes de 1914-1923, en una España que despierta a la problemática de nuestro siglo cuando el protagonista colectivo de la historia entra de verdad en escena y los antagonismos entre lo viejo y lo nuevo aguzan las tomas de conciencia: repercusiones económicas, sociales e ideológicas de una guerra que España no hace, pero que está presente en el periódico, en la conversación callejera, en cada conflicto que surge; ascenso de los sindicatos, juntas de defensa, asamblea de parlamentarios, trilogía interna —sin contar lo que viene de fuera— del año crucial de 1917. No olvidemos —prosigue Tuñón— que la renombrada huelga de aquel mes de agosto tuvo su detonador precoz en aquella huelga de ferroviarios de Valencia el mes precedente. Luego vendrán la agitación en los cortijos andaluces, el drama sindicatos-patronal de Barcelona, la derrota de Annual y su séquito de acontecimientos políticos que desembocan en la dictadura del general Primo de Rivera. Max me ha escrito una vez: 'El medio en que me formé va claramente de 1917 a 1931. En 1917 tenía catorce

por Henrique González Casanova

años. Alguna vez he contado que una carga de la Guardia Civil a caballo —¿o no lo he contado?— en la plaza Emilio Castelar, de Valencia, fue determinante. El atravesar —al día siguiente, creo— la calle de las Barcas, desierta bajo el signo de las tercerolas, acabó de hacer de mí un partidario decidido de los humildes.' "

Esa resolución, irrevocable, sería perceptible a lo largo de toda su carrera de escritor, nacida al amparo de aquellos días de la revista *España*, de la *Nouvelle Revue Française*, robustecida a partir de 1923, cuando Ortega inicia la hazaña de la *Revista de Occidente*. Enrique Diez Canedo escribía en México, el día de San Juan de 1943: "Se han cumplido ahora los veinte años desde aquel día en que Max Aub llamó a mi casa de Madrid, llevándome su primer libro para que yo se lo apadrinase. Versos naturalmente. De entonces acá ha publicado mucho más: versos, novela, teatro. El teatro es lo que mejor cuadra, tal vez, a sus aptitudes. Hizo de muy joven (todavía lo es) todos los experimentos en las vías que el arte dramático abría o intentaba abrir en la Europa de aquellos días. Europa es otra ya —si todavía es—; si Europa (lo que fue no expresión geográfica, sino concepto cultural) no es ahora esta América que a Max Aub y a mí, con tantos otros compatriotas, nos acoge, después de habernos hecho pasar por las más terribles pruebas, a las cuales no hay juventud que resista, porque si Max Aub, en su apariencia corpórea y en sus documentos personales, sigue siendo joven, ya no lo es en su experiencia vital, en su ciencia del vivir, forjada a fuerza de golpes, en la guerra, en el campo de concentración, en el destierro, en la ausencia, en la lucha por el pan cotidiano, por el nuevo pan que sustituya al que parecía bien seguro y que nuevas tierras le brindan como pago a los esfuerzos que le exigen. No ha emprendido Max Aub una vida en todo distinta y aun contraria, como tantas otras, a la que antaño llevó. Ha reanudado su labor, apenas interrumpida, porque en los días de padecimiento y privación de libertad aún pudo, de las maneras más inverosímiles, llevar nota de sus pensamientos y sus sentires; pero al volver, en cierto modo, al trabajo normal, se le ve de pronto enriquecido y llegado a la madurez que advertirá el lector en las páginas que siguen, y que advertirán asimismo —¡quién sabe cuándo!— los espectadores, si, como es de esperar, estas escenas llegan a las de un grupo de hombres rechazados, por su raza y su religión, de todas partes. La observa-

ción, en grande y en pequeño, que da vida a sus personajes, y que suena en todo momento a verdad, no es tampoco solamente, siéndolo también, su clamor hacia la justicia; es eso y es mucho más. Es la tragedia de todos, en que cada cual, sea lo que fuere su religión y su raza, puede reconocerse en nuestros días. Su *San Juan* es la imagen de nuestro mundo a la deriva, condenado sin apelación y abatido sin esperanza. Las dificultades que su postura escénica presentan no creo que sean insuperables. En sus réplicas oiremos una vibración que no dejará de repercutir en los espíritus y que llegará a los días futuros como expresión viva de los tiempos que el poeta dramático ha tenido que cruzar, sintiendo el dolor de sus hermanos en humanidad y la impotencia de llevarles más auxilio que su testimonio sincero y transverberado de emoción."

La Europa de aquellos días juveniles de Max Aub, de anhelos e iniciación literaria, había sido sustituida por otra, brutal, que produciría una solución de continuidad con su propia historia y con el mundo, a partir de la guerra civil española. Al publicarse *San Juan* —imagen de nuestro mundo a la deriva— supe por primera vez de Max Aub. Ricardo Garibay habló de él con entusiasmo. "¡Es un joven español —gritaba—, y es un gran escritor! ¡Hay que leerlo!" No sabía yo la amistad vigorosa, honda, perdurable, que muy pronto me uniría a Max. El México de entonces estaba más cerca del que cantó Ramón López Velarde que del México de ahora. Era un país pobre; no un país presumido. La guerra había roto nuestras comunicaciones habituales con España y el resto de Europa; en cambio, nos había mandado el mayor número de españoles que hubiera llegado desde los años de la Conquista y la Colonia, y también un conjunto plural, heterogéneo, de europeos perseguidos. Las publicaciones mexicanas se robustecieron con su colaboración, y la Universidad recibió impulso saludable; algo parecido ocurrió en todos los órdenes de la cultura, en la propia industria, y en la vida política. *Cuadernos Americanos*, *El Hijo Pródigo*, *Letras de México*, son hechura de mexicanos y españoles, entre éstos Max Aub. Octavio Paz, en un texto reciente ha escrito, al valorar la obra de la literatura española del siglo xx: "Sería imperdonable no recordar a otros dos novelistas: Max Aub y Ramón J. Sender. Preferiría no extenderme sobre ellos porque, a diferencia de lo que sucede con los poetas de la España peregrina, la porción más importante de su obra ha sido escrita desde América y esto los convierte en casos especiales, aislados. Entre ellos y España no se interpone tanto el tiempo como el espacio... Max Aub, como Gaos, es un ejemplo de español hispanoamericano y por la misma razón es uno de los pocos escritores verdaderamente europeos de España. Por eso también es un escritor mexicano. La variedad de géneros, formas y estilos de Max Aub deben verse como un diálogo plural en el interior de su vasta obra. No sólo no rompe su unidad sino que esa diversidad es lo que la constituye. Los dialectos de Max Aub se resuelven en un tejido: un texto único. No es la preservación de España —aunque éste sea uno de sus temas— ni la preservación de la lengua española sino su reinscripción en el lenguaje moderno. Casi una simpleza, pero una simpleza olvidada con frecuencia en España: el español es un idioma europeo y, por tanto, americano. Max Aub: uno de nuestros inventores."

En una nota, previa, del propio ensayo, Octavio Paz apuntaba que Gaos "era el perfecto español americano; lo era no por su españolismo sino por su europeísmo. No todos los españoles —no todos los europeos— son europeos: apenas unos cuantos. Pero Gaos no era un europeísta: era un español europeo y en esto reside,

sin duda, la razón de su influencia sobre el pensamiento contemporáneo de México. Su contribución es triple: nos dio la versión española de la filosofía europea moderna, reintrodujo al pensamiento hispanoamericano dentro de su verdadero contexto hispanoeuropeo y, en fin, nos mostró una España europea".

En ese sentido, Max Aub es un español europeo y, por eso, americano. Pensar en Max Aub como exiliado, es difícil. Fácil, en cambio, si se piensa en él como hombre, en el exilio como todos los hombres, y en el mundo suyo, que es el mundo donde está, aunque piense en otro. ¿Pero realmente piensa en otro? ¿Es acaso España y Europa tan ajena a México? ¿O es México tan distinto? A Max se le puede ver como vencido —consecuente, severo, nítido— pero se le puede ver también como a otro hombre cualquiera en lo que tiene de Sísifo, aquí y allá. Puede pensarse que en sus dramas, en sus cuentos, novelas y ensayos, esté hablando de allá, desde aquí; pero al revisar ese mundo, con todo su realismo, con todo su valor testimonial —de lo vivido y oído— advertimos el valor que tiene aquí, ahora, el que ha tenido en estos años inmediatos que apenas acaban de pasar. Seguimos a José Monleón en sus juicios y categorías: "La obra teatral —por ceñirnos a nuestro terreno— de Max Aub tiene un valor documental, tanto en el plano político como en el literario, muy señalado. El autor ha conocido a lo largo de su vida una serie de situaciones históricas y estéticas que, del modo más natural, ha ido reflejando en sus obras... Es una especie de reiterado superviviente de situaciones que han estimulado y devorado la producción literaria de generaciones enteras de escritores. Aub parte de unas experiencias totalmente tradicionales, las de un estudiante progresista de la burguesía valenciana, a quien pronto la vida va a meter en un complicado viaje de innumerables estaciones. Veámosle en Valencia, lector de Pirandello y Unamuno, proponiendo en sus primeras obras la necesidad de un teatro experimental y culto. Imagínosle rodeado por los universitarios de 'El Búho'... Llegan ya los tiempos de la 'educación popular', de 'La Barraca' y de 'Las Misiones Pedagógicas'. Max Aub, al igual que otros escritores españoles, se enfrenta con un serio problema: conciliar su formación literaria, su conocimiento de las últimas corrientes teatrales, con la necesidad de dirigirse al público 'popular', radicalmente separado del hecho teatral. El concepto de 'teatro popular' es, desde luego, difícil de precisar, pero Aub, como tantos compañeros de trabajo, cuenta con dos elementos de apoyo: uno, el proceso político del país, la atención de la joven República a las campañas de teatro popular; otro, la conciencia de disponer de una vieja tradición literaria, de un realismo llano hecho de ecos populares, caminante pobre y a menudo perseguido a lo largo de la muy gloriosa historia de España. Las dos cosas, la creciente importancia social del proletariado y la idea de que existió una literatura popular, pronto sojuzgada por las exigencias políticas de un imperio y de una monarquía absoluta, impulsan esa Nueva Salida de los escritores españoles, deseosos de 'zambullirse en pueblo', y, en definitiva, al margen de cualquier otra consideración, de testimoniar críticamente sobre un estado de la historia sociocultural de España.

"Viene luego, en el 36, nuestra guerra civil, a la que Aub dedicará una serie de obritas cortas, aglutinables bajo el título general de *Teatro de circunstancias*. Con el 39, el exilio. Encuentro con la Francia del Frente Popular, con los campos de concentración y la imagen de una Europa que muere *por cerrar los ojos* al nazismo. Nomadismo —¿cuántos grandes escritores europeos andan por entonces pendientes de los avances hitlerianos?, ¿cuán-

tos miran hacia el Atlántico?— y, finalmente (¿finalmente?), la travesía y la llegada a Méjico. Méjico. Méjico. *Las cárceles y los campos, contra lo que se puede suponer, me dieron espacio, si no para escribir, para pensar. Todo lo que sigue es obra de Méjico.*”

La problemática del exilio ha sido una constante de su obra; España, el punto de referencia. Volver o no volver ha sido ciertamente el dilema fundamental; pero no hay que olvidar lo que dijo en España: No he vuelto; he venido. ¿Volver? ¿De dónde? ¿A dónde? Y, sin embargo, las vueltas, las variantes del regreso, son un tema constante en su obra; no sólo en aquellas que especialmente se dedican al asunto. La vuelta como parte del exilio. Pero el exilio hay que verlo también como parte del hombre; no del hombre peculiar de España, ni de Europa, ni de México, sino del hombre a secas, del que no vuelve, del que simplemente viene, llega.

Podrán los historiadores del futuro que hablen de esta nueva generación de españoles americanos hacer el inventario de sus ideas, analizar la manera como afrontaron su deportación, su exilio, su destierro, que de todo ha habido, y ahondar el tema del trastierno, esa especie de trasplante del que hablaba Gaos, que lleva a echar raíces, florecer, dar frutos, y podrán preguntarse hasta qué punto los frutos de esta tierra eran distintos, como se dice que ocurre con los pimientos criollos, entre otras cosas por el mero cambio de tierra, y podrán preguntarse cómo no se convirtieron en estatuas de sal si veían al pasado, a la vuelta. Verán entonces que el verdadero trastierno fue arraigo, convivencia americana, y cómo el fruto, siendo igual en su aspecto, tenía sabor distinto. Podrán descubrir que aun quienes mantuvieron el lenguaje entonado a la peninsular, quienes persistieron en los temas de aquellos días, reflexionaban —reflejaban— lo de acá, y si hablaban para el público de allá, querían hacerse oír de éste.

Si los conquistadores y sus hijos quisieron ganar mercedes haciendo la apología de sus empresas o de las empresas familiares, nada se verá de extraño que en estos otros mexicanos nuevos, haya un propósito dual, justificar —moralmente— su presencia en la que fue algún día nueva España (así, con minúscula), recordando lo que los echó de la vieja, cantando su derrota (esta otra pérdida de España), defendiendo en el canto su causa, y procurando contribuir a crear aquí lo que allá no se pudo y a impedir que aquí pase lo que allá, aunque sea por el procedimiento de recordar aquello que pasó —y aún no pasa—, y haciendo —aun sin querer— que todo su lenguaje, toda su memoria épica y dramática, y aun su propio canto lírico entrañable, tenga la configuración de una alegoría inmensa, de te lo digo Juan para que lo entiendas Pedro.

Si a Max Aub se le puede discutir su condición española, también se le puede discutir su condición mexicana y europea; pero de la misma manera que aquélla, no se le pueden negar éstas. Así, cuando de una manera concreta y en el lenguaje —no sólo la lengua— más española que pueda haber (quevediana de hoy, que es decir) habla de los temas que puedan parecer más aldeanos de la guerra civil, o de los desterrados que viven pensando en su patria, o de los trasterrados que temen que el trasplante no sea definitivo y perdurable, se advierte el europeo, y el mexicano. Las dos cosas, porque se advierte al hombre, plantado en su tiempo, en su mundo, víctima de las fronteras, los pasaportes, las rutinas burocráticas, las argucias policiales, las persecuciones patrioterías, las soluciones abstractas a los problemas más concretos, personales, singulares del ser humano.

Y como con Max ocurre con otros trasterrados. José Gaos, por

ejemplo, señero; no, por reiterado, impertinente. De aquí y de allá, de este mundo. Hombres que vinieron, como ahora pueden ir (ellos o sus sombras) a España. Ni para tomar cuentas, ni para que se las tomen. No es el caso; aunque sí sea el de recordar que si vinieron no fue en acto de protesta, por no compartir aquello que rechazaban: el fascismo, sino porque fueron vencidos por éste y no por el destierro o el exilio; menos por el trastierno. Al contrario, si la causa de la República fue derrotada en España, ellos —aunque vencidos— no fueron derrotados, pues fueron consecuentes en su ideal, y si no volvían (eso sí habría sido volver) a la querida patria que se vivían pensando, no fue porque no hayan querido, sino porque no podían, porque eran unos proscritos, y volver habría sido para ellos la cárcel o el cadalso.

Después, eso pasó; al menos eso nos dicen quienes olvidan qué pasó mucho antes de que pasara tal cosa. Y entonces ya no fue cosa de volver, sino de ir a España, y el dilema se planteó en otros términos —de trasterrados—, como problema moral. Ir o no ir significaba ya, como para cualquier otro mexicano o americano que hubiera tomado la decisión de no ir en vista del régimen prevaleciente, pero no porque la decisión fuera de vida o muerte, una decisión que había que tomar considerando si en esa ida podía verse que se aceptaba moralmente la razón de los hechos tantos años condenados, si se estaba diciendo, aunque fuera de manera solapada y sutil, sí al régimen del dictador asesino de la República, y de los republicanos, de los hombres, mujeres, niños que murieron en la guerra civil, y en la guerra civil prolongada, después del “año de la victoria”, por la inquina, la persecución, la delación, la venganza y el martirio. Años que también cuentan en los exiliados de España, en los exiliados de la tierra, en los hombres contemporáneos, como años vividos y sufridos, con ese sufrimiento impotente, del que, fuera de la circunstancia concreta de la lucha, no pasa a ser más que un público espectador de sucesos, muchas veces tardíos en su noticia, frente a los cuales no cabe más que el pronunciamiento intelectual y emotivo, única manera de participar en la agonía.

Pero también ese historiador hipotético —supuesto, dado el caso de que lo que han sido la historiografía y la literatura, sigan siéndolo— tendrá que estudiar en la manera cómo los españoles peninsulares, sobre todo aquellos más jóvenes que no vivieron la tragedia de la guerra, vivieron ese cercenamiento de no pocos de los más distinguidos españoles de su tiempo, tuvieron que prescindir de ellos, para reencontrarlos luego, cuando fueron, cuando llegaron. Y —¿por qué no?— lo que significó de vuelta a España y a Europa para no pocos americanos que jamás habían ido, esa llegada de los españoles, y lo que fue su trastierno. En esas tres dimensiones, hombres como Max Aub proporcionarán ricos elementos de juicio en su vida y en su obra; por sus reflexiones, y por lo que dicen de lo que vieron y oyeron. Y Max Aub, como Gaos, será ejemplo elocuente por lo que tiene de europeo y americano, además de español, pues algo de lo que la guerra civil extirpó con ellos fue, precisamente, lo que España tenía de Europa y América. Lo digo sin pensar que ese algo sea mejor o peor que el resto, sino señalando simplemente su carácter distinto, más afín a lo americano y europeo, acaso —y aquí la paradoja— por ser tan genuinamente español, pues España, como proyecto de unidad nacional, es obra de su contagio con Europa y América: en ambas se derrama, y ambas le entornan y la ciñen, la penetran, la hacen.

El encuentro de Max Aub con México es inmediato. Los jóvenes que habíamos resuelto ser escritores leímos desde luego su *San Juan*. Llegó a convivir con los contemporáneos en la tierra

nueva. Se dedicó a su oficio: hombre de letras, escritor. Hizo cine, con Villaurrutia, Magdaleno, Gorostiza; impulsó como ellos el teatro, fomentó la lectura y la crítica, colaboró en periódicos y revistas, hizo las suyas, por entregas; a la manera del Pensador y de otros de los primeros periodistas mexicanos, las hizo unipersonales, o casi. Su *Sala de espera* removió cuerdas de la conciencia política y literaria. Fue promotor infatigable —lo es aún— de todos los inventos y experimentos teatrales y editoriales. En la Universidad, campo propicio, participó al lado de compañeros más jóvenes (Jaime García Terrés, Juan José Arreola, Héctor Azar, Juan García Ponce) en batallas —constantes, entusiastas, imaginativas— por echar la cultura a la calle y por arraigarla en los claustros. Usó las publicaciones para hacer ensayos tipográficos y literarios, la escena, para ganar al público, la televisión y la radio, y promovió la grabación de la voz viva de escritores y artistas. Quien no lo conoce bien se pregunta cómo ha logrado todo eso. Él que parece estar de vuelta (ésta sí vuelta) de todos lados, que muestra un primer dejo de desdén y desafío, que por así decirlo, parece que se pitorrea de todo y que todo le importa un bledo, que todo lo sabe y que nada le importa. Quien lo conoce sabe que todo le importa, que todo le interesa, que tiene oídos para los demás de la misma manera que los quiere para sí, aunque tema no encontrarlos, que es otra cosa.

Max Aub es uno de esos raros ejemplos de personas que han sabido llevar amistad con las gentes de su edad, con sus mayores y con los jóvenes. Como en el caso de Reyes (de quien fue amigo constante y entrañable), los jóvenes lo buscan y lo encuentran, y ejerce en ellos esa especie de magisterio que se da a través de la atención y la conversación, respondiendo a sus provocaciones, a sus contagios, y que sólo se puede practicar por la autoridad moral conseguida en la tarea cotidiana de leer y escribir, de ser fiel a una vocación, cumplida con amor, oficio, sabiduría. Es "uno de nuestros inventores".

Más que literaria, su influencia ha sido la del hombre de acción, y es que en Max hay algo de eso que se atribuye a otro grande de las letras mexicanas, cuando le hacen decir: "Hay quienes piensan que soy escritor; otros —con mayor acierto— me juzgan periodista; la verdad es que todo lo que he escrito lo he hecho para hacer política." Max Aub no sólo la hace al escribir, sino al convivir. Política a la altura de sus posibilidades concretas, de trasterrado, de intelectual, de hombre de problemas; pero resuelto, claro en su deseo de conocer al hombre, de darlo a conocer, y, en eso, implacable: más cerca del expresionismo alemán, que del surrealismo francés o español. Monleón lo ha pintado con exactitud: "...ha sabido responder a tantas provocaciones históricas y políticas con una obra abierta, dubitativa y, sin embargo, nada fluctuante. Ni doctrinario ni escéptico, ni inmóvil ni oportunista. Max es de los que no confunden jamás la realidad con los programas teóricos: de ahí, justamente, su dolor revolucionario, su saber que el mundo ha de ser cambiado y que, al Este y al Oeste, han sucedido y suceden muchas cosas que hacen tremendamente difícil el tránsito. ¿El hombre nuevo? ¿Dónde está ese hombre nuevo nacido de las nuevas ideas de justicia y de las nuevas relaciones de producción? ¿Qué pensar de los bloques, de sus pactos, de las burocracias, de la universal falta de libertad, del triste papel de la ciencia?..." Si en Max Aub el teatro ha sido una manera de interrogar, la novela ha sido una manera de ver, y la crítica una manera de pensar. Las tres dimensiones primordiales de su obra son éstas, no exentas de juego, aun en sus palabras mayores, como tampoco sus juguetes, que los tiene abundantes, son

ajenos a lo trágico y lo grotesco; ni su pensamiento más fino, al humor negro, a la brusquedad, el enfado y la rudeza.

Pero si la capacidad de ver y recrear, de imaginar e inventar, situaciones, argumentos, personajes, han dado a este escritor lugar preeminente en nuestra literatura, si la capacidad de ver al hombre desnudo, sin tapujos, en su moral y su pensamiento íntimos y en su conducta pública, han hecho de él testigo imprescindible para saber nuestro tiempo, hay algo que da fuerza definitiva a su valor de escritor y artista: su lenguaje, su habla personal de escritor, literaria y viva, contaminada aquélla de ésta, y ésta penetrada de aquélla, en constelaciones, armonías, juegos, que hacen de su prosa la necesidad de decirla, para oírla y escucharla. Prosa escrita para hacerse oír, quien la lee, la oye.

La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco pertenece a la época en que Max Aub escribe el cuerpo principal de sus cuentos mexicanos, de los cuales es, de hecho, el más importante. Lo escandaloso del título (cosa infrecuente en el autor, amigo de las sutilezas de ingenio) hizo más por el renombre que por el conocimiento del texto; publicado hace once años, en edición de mil ejemplares, hoy todavía se encuentran —a pesar de los que hizo comprar el gobierno español— entre otras cosas porque los libreros, cautelosos, se negaban a venderlo. No ha sido reeditado.

Se trata, sin embargo, de un texto característico de esa época de Max Aub, la del desencanto que sufrieron los republicanos españoles, ya convencidos —públicamente o no— de la solidez del régimen franquista.

No había sido parco Max en advertirselo a los trasterrados; lo hizo en otros textos —de *Cuentos ciertos*, *Historias de mala muerte*, *Las vueltas*, sin contar, en otro tono, *Hablo como hombre*. Pero tal vez en ningún relato como éste se refleja el ambiente ciudadano y cafeteril mexicano, ni se hace con mayor sarcasmo. Es una pequeña estampa, detallada y precisa, de cierto sector del México de los años 40 a 50. Hoy habría que buscar con lupa las reuniones aquí descritas con evidente garbo y cierta mala fe; pero ante todo hay que admitir que se atienen a la realidad. El tiempo pasado, si no ha sido suficiente a destruir del todo los lugares donde sucede la acción, si ha borrado de las calles de la capital la mayoría de los que Max Aub nombra con su natural desfachatez.

En esa colusión de realidad e imaginación es donde más se advierte la idiosincrasia de este escritor español de México. Desde *Luis Álvarez Petreña a Luis Buñuel* —libro en el que trabaja hace años— se ligan, coaligan, entrelazan, indeleblemente lo cierto y lo inventado sin dejar lugar para saber lo que fue y lo que no aconteció, lo probable y lo posible. Su mejor ejemplo fue *Jusep Torres Campalans*. Pero aunque no se ha dicho lo mismo sucede con su teatro: *San Juan* está basado en un hecho real; *No*, podría serlo.

Desde este ángulo, se le puede relacionar con los grandes novelistas del siglo XIX y con sus contemporáneos más singulares, sea argentino, aunque esté más disparado hacia la sola imaginación, como Jorge Luis Borges; francés como Malraux; rusos, como Solzenitzin y Cholojov, alemanes como Grass. En cambio, aunque no les deba menos que otros desde el punto de vista formal, no hay en él grandes rastros de Joyce o de Kafka. No por nada admira a Martín Luis Guzmán y tiene a *Los hijos de Sánchez* por la mejor novela mexicana de nuestro tiempo.

Escrita casi toda su obra en español y en México, cabe colocar a Max Aub entre los Contemporáneos: pareja su obra teatral de la de Rodolfo Usigli; situados sus cuentos y sus novelas entre los autores de la segunda generación de la que dio en llamarse (más o menos a su llegada) *la novela de la revolución* —que ha estudiado con amor—; no quedaría mal al lado de Rafael Muñoz, de Gregorio López y Fuentes, de Mauricio Magdaleno, de Agustín Yáñez; como ligero antecedente de Juan José Arreola y Juan Rulfo y predecesor de Carlos Fuentes o de Juan García Ponce.

La obra novelística de Max Aub nos lleva a uno de los grandes problemas de la estilística de la novela actual: ¿se trata de novelas o relatos históricos? Claro está que lo mismo podría decirse de la novela de la revolución mexicana, de algunas de las de Agustín Yáñez o de Carlos Fuentes.

Se habla de novela histórica desde Walter Scott, Tolstoi, Manzoni, Hugo, Rolland, Galdós, Martin du Gard, Baroja, Valle-Inclán. Lukács que empieza entusiasmándose con Scott, piensa que, con Balzac, la novela histórica se convierte en descripción de la sociedad contemporánea. Y falta añadir lo que piensa el propio Max Aub: es "histórica" la novela, por definición, tal como lo entendemos hoy: novelas históricas "a priori", sólo para citar a Stendhal, *La cartuja de Parma* y, "a posteriori", como *Rojo y Negro*. "La pregunta —dice Max— pudiera ser: ¿hay alguna novela que no sea histórica? Sí, pero entonces está más cerca del poema..."

Puede que toda novela sea histórica, como toda obra de arte realista. La supresión de fronteras no resuelve el problema. ¿Histórica, la "intrahistoria" novelada? (por ejemplo: *San Manuel Bueno, mártir*, de Unamuno). ¿Histórica la novela en que se refleja o trasluce o refracta la sociedad concreta en cuyas circunstancias tiene lugar la acción? V. gr.: *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes; *Conversación en La Catedral*, de Mario Vargas Llosa; *Reivindicación del conde Don Julián*, de Juan Goytisolo, *El tambor de hojalata*, de Gunther Grass. También podríamos ponerle el sobado remoquete de "social", tarjeta de visita que no identifica al visitante (¿qué es lo "asocial" o "antisocial"?).

Con mayor fuerza hay que rechazar la "historia novelada", adulteración de la verdad que debiera tener su puesto, en las estanterías, junto a la novela rosa. Cuando el personaje *histórico* (que ha entrado en la Historia como tal) aparece en una novela, debe actuar como actuó en realidad o como hubiera podido actuar —esto último en lo anecdótico— sin faltar a la verdad histórica, como interviene, por ejemplo, Azaña, en la tertulia del café Regina, en *La calle de Valverde*; Picasso en el *Jusep Torres Campalans*; Francisco Franco en este texto.

Nos acercamos más al problema si discutimos para averiguar si basta que la novela, para ser histórica exhale el hálito de la coyuntura histórica, su dilema esencial, el nivel que alcanza el individuo, cuando la Historia penetra hasta el último rincón de la vida de cada uno (Ej.: *Las buenas intenciones*) o si, por el contrario, hay que llegar de cerca al acontecimiento y a que entren en acción los personajes históricos que existieron, no en lo anecdótico, sino en lo que fueron sus actos reales. (Galdós, Martín Luis Guzmán.) Esta doble vertiente de la novela histórica podría asemejarse —pero no identificarse— con las "a priori" y "a posteriori" de la clasificación de Max Aub.

En fin, una novela histórica, un relato, no tiene necesidad de desenlace, lo que no quiere decir que no puede tenerlo. Lo tiene si el autor ha logrado la compenetración del asunto personal de sus creaturas con la trama general de los hechos y sucesos históricos en que están inmersas.

De esta digresión, pensamos que puede quedar algo cierto: para que la novela histórica sea tal, hace mucha más falta que el rigor concreto del acontecimiento (para eso están los historiadores, las crónicas, los archivos), el rigor de la circunstancia histórica: cómo viven los protagonistas —pocos o muchos, principales o secundarios—, dónde viven, de qué viven, cómo son sus hogares, cuál es su trabajo, cuáles son sus relaciones de trabajo o sus tertulias, o sus cuartos de banderas. Todo esto está absolutamente fijado en *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*.

Max Aub ha partido de la veta del realismo crítico, pero la coyuntura histórica ha producido una nueva toma de conciencia en el escritor: la lleva al *realismo histórico*. A despecho de su humor, a veces ácido, no se instala en la postura cómoda del crítico por definición: ha tomado partido. No lo oculta; ha tomado el partido del hombre, de la dignidad de la persona humana. Ha llegado a él a través de una toma de conciencia de la realidad histórica. En el prólogo de *Hablo como hombre* (1967) dice: "Los cambios que he sufrido —es una manera de hablar no más falsa que otras— atañen más al tiempo que al desengaño del comportamiento de los hombres... Siento mucho que el poder político —personal o no— lleve todavía a la censura y al castigo a los que quieren decir su verdad; que la tortura, el hambre y la esclavitud sigan vigentes; pero espero que dentro de miles de años la inteligencia —cuyas ruinas son lo único que permanece— se imponga a la imbecilidad.

"Enemigo personal de la ignorancia, no puedo estar de acuerdo con una época cuya expresión más clara es buscar que medio mundo ignore al otro; que no se sepa en Occidente lo que sucede de bueno en Oriente; que no se olfatee en Oriente, más que lo malo de Occidente. Nunca ha reinado tanto el oscurantismo como en estas décadas que han visto desarrollarse explosivamente los medios de información; jamás, sabiendo tanto, se ha procurado que se sepa menos... La policía, la delación, la censura, la mentira, tienen el campo libre... Lo malo es que uno no nace cuando ni como quiere y tengo la leve sospecha de que así seguirá siendo (aun *in vitro*). Nunca me tomé completamente en serio; siempre hubo, gracias al cielo, cierta distancia entre mi obra y yo. A este alejamiento no se le puede llamar Arte, pero lo es."

Aquí damos con una posible explicación de la manera de armar sus obras, vistas desde afuera y aunque escritas para personas de sentido, hechas, construidas para el espectador sin que entre jamás ningún elemento autobiográfico en su obra, así toda ella esté repleta de acontecimientos que le atañen o le hayan concernido personalmente. Algo que no deja de asombrarnos en Max Aub es que habiéndose dotado de una vasta cultura literaria haya sabido deshacerse de la hojarasca y asimilar lo esencial. Pero su formación de hombre pesa con más fuerza en la balanza de su obra. Como él dice: "me forjaron a fuerza de golpes, como crecen todos los hombres". Pero el más reacio admitirá que la formación de Max Aub ha desbordado lo común —en intensidad, variedad y tiempo— en cuanto a los traumatismos que contribuyen en nuestra sociedad, a que el hombre lo sea y que su praxis social cotidiana ha sido de naturaleza para barrer todo aquello que de artificioso o simplemente adjetivo hubiera podido quedarle de su vasta receptividad literaria. Cuando pase un siglo, sin necesidad de ver la firma —escribe Manuel Tuñón de Lara— se podrá decir tras de leer un par de páginas: "esto es de Max Aub".

Los *Cuentos mexicanos* constituyen una demostración brillante de cómo su autor ha asimilado su segunda patria. "No deja de ser extraordinario —prosigue Tuñón— que su dominio del lenguaje coloquial, sin falla alguna en sus personajes madrileños o valencianos, raye a la misma altura cuando se trata del castellano habla-

do en México. Y no se trata, con ser mucho, de una simple cuestión de forma; la penetración es análoga en caracteres, en paisajes.”

Y para acabar prefiero, para dar una semblanza del autor, remitirme a sus propias palabras:

“Y ya que hablo de mí, me doy: escritor español y ciudadano mexicano, me hice hablando un idioma extranjero —nadie nace hablando— que resultó ser el mío. Poco le debo a los demás, mucho a mí mismo o lo que es casi igual: todo a los demás.

“Me forjaron a fuerza de golpes, como crecen todos los hombres. Tuve algunos amigos —pocos—, la mayoría han muerto. Me siento más a gusto con los jóvenes que con los viejos.

“Tengo tres hijas, muchos nietos; son ya otra vida, en otro tiempo. Mi mujer me ha acompañado siempre que pudo; cuando no, plantó cara a la vida, sin desfallecimiento.

“Ni alto ni bajo, más bien feo, me gustó lo bueno, lo que me sabía bien.

“Usé lentes desde muy joven porque nunca pude ver lejos. Hablé mal y con peor acento y me dejé siempre vencer por cualquiera. Aprendí poco de los hombres, creyéndolos parecidos a mí. Me hubiera gustado saber mucho más de lo que sé, tener memoria y no andar dando vueltas alrededor de mí mismo.

“Al paso de los años se va uno quedando solo —no como decía aquel bobo, tan buen poeta, que se quedan los muertos. Los que se van quedando solos son los viejos, por culpa —¿qué culpa tienen ellos?— de los muertos.

“Lo que más me ha gustado es escribir; seguramente para que se supiera cómo soy, sin decirlo. Creí que lo adivinarían. Una vez más me equivoqué.”

Max Aub se parece hoy a otro retrato suyo. La boca sensual no muestra la avidez de hace sesenta años; esboza una sonrisa, y una leve mueca burlona. Los ojos, tras los espejuelos engarzados en gruesas antiparras negras, miran con curiosidad algo que tiene en la mano izquierda; el ceño hiende profundo la ancha frente noble; el cabello, más que rubio, cano y un poco escaso, todavía es ondulado. Viste un traje oscuro, de raya de gris; la corbata, ancha, apenas deja ver algo del cuello de la camisa. Detrás de él se alcanza a ver un librero, algunos libros, unas figuras estofadas, el borde de un espejo. Lejos de la *Belle Époque*, parece estar cerca de formar un gabinete socialista. Hay que ver su mirada y su boca; son las de aquel niño ávido; pero ahora está levemente satisfecho.

Hay quienes prefieren conservar y hay quienes prefieren vivir. Max Aub usa todo lo que tiene —todo lo que quiere— para vivir, para escribir. Así, en sus textos, está de cuerpo entero, aunque no sea nada autobiográfico, son su circunstancia —nuestro mundo— a cuestas.

BIBLIOGRAFÍA DE MAX AUB

- Los Poemas Cotidianos* (1923). Edición privada de 50 ejemplares. Imprenta Omega. Barcelona (verso).
Narciso (1928). Altés. Barcelona (teatro).
Geografía (1929). Cuadernos Literarios de la Lectura. Madrid (novela).
Teatro Incompleto (1931). Sociedad General Española de Librerías. Madrid (teatro).
Fábula Verde (1933). Edición del autor. Valencia (novela).

- Luis Alvarez Petreña* (1934). Mirade. Barcelona (novela).
A (1934). Edición privada de 35 ejemplares (verso).
Espejo de Avaricia (1935). Cruz y Raya. Madrid (teatro).
Proyecto de un Teatro Nacional (1936). Edición del autor. Valencia (ensayo).
San Juan (1943). Fondo de Cultura Económica. México (teatro).
Campo Cerrado (1944). Fondo de Cultura Económica. México (novela).
Diario de Djelja (1944). Unión Distribuidora de Ediciones. México (verso).
No son Cuentos (1944). Fondo de Cultura Económica. México (verso).
Morir por Cerrar los Ojos (1945). Fondo de Cultura Económica. México (teatro).
La Vida Conyugal (1945). Letras de México (teatro).
Campo de Sangre (1946). Fondo de Cultura Económica. México (novela).
El Rapto de Europa (1946). Fondo de Cultura Económica. México (teatro).
Discurso de la Novela Española Contemporánea (1945). El Colegio de México. Jornadas Núm. 50 (ensayo).
Cara y Cruz (1948). Sociedad General de Autores Mexicanos. México (teatro).
De Algún Tiempo a esta Parte (1949). Fondo de Cultura Económica. México (teatro).
Sala de Espera (1949). Tomo I. Núms. 1 al 10. Fondo de Cultura Económica. México (miscelánea).
Sala de Espera (1950). Tomo II. Núms. 11 al 20 (miscelánea).
Deseada (1950). Fondo de Cultura Económica. México (teatro).
Sala de Espera (1951). Tomo III. Núms. 21 al 30 (miscelánea).
Campo Abierto (1951). Fondo de Cultura Económica. México (teatro).
Yo Vivo (1953). Fondo de Cultura Económica. México (novela).
Canciones de la Esposa Ausente (1953). Edición privada. México (verso).
Antología de la Prosa Española del Siglo XIX. Tomo I (Neoclásicos y Liberales) (1952). Antigua Librería Robredo. México.
Antología de la Prosa Española del Siglo XIX. Tomo II (Románticos) (1953). Antigua Librería Robredo. México.
Las Buenas Intenciones (1954). Fondo de Cultura Económica. México (novela).
La Poesía Española Contemporánea (1954). Imprenta Universitaria. México (ensayo).
Algunas Prosas (1954). Los presentes. México (miscelánea).
Cuentos Ciertos (1955). Antigua Librería Robredo. México (novela).
Ciertos Cuentos (1956). Antigua Librería Robredo. México (novela).
Tres Monólogos y Uno Solo Verdadero (1956). Fondo de Cultura Económica. México (teatro).
Una Nueva Poesía Española (1957). Imprenta Universitaria. México (ensayo).
Crímenes Ejemplares (1957). Antigua Librería Robredo. México (miscelánea).
Heine (1957). Edición privada (ensayo).
Algunos Nuevos Poetas Españoles (1957). Núms. 15 y 16 íntegros de “Ideas de México” (ensayo).
Jusep Torres Campalans (1958). Fondo de Cultura Económica. México (novela).
Cuentos Mexicanos (1959). Imprenta Universitaria. México.
Lira Perpetua (1959). Edición privada. México (poesía).
Del Amor (1960). Ecuador. México (teatro).
Poesía Mexicana (1950-1960) (1960). Editorial Aguilar. México (ensayo).
La Verdadera Historia de la Muerte de Francisco Franco (1960). Costa-Amic. México (novela).
Obras en un Acto. Tomo I (1960). Imprenta Universitaria. México (teatro).
Obras en un Acto. Tomo II (1960). Imprenta Universitaria. México (teatro).
La Calle de Valverde (1961). Universidad Veracruzana. México (novela).
El Remate (1961). Avándaro. México (relato).
La Prosa Española del Siglo XIX. Tomo III (Realistas) (1962). Antigua Librería Robredo. México (ensayo).
Campo del Moro (1963). Joaquín Mortiz. México (novela).
Antología Traducida (1963). Imprenta Universitaria. México (poesía).
Juego de Cartas (1964). Finisterre. México (novela).
El Zopilote y Otros Cuentos Mexicanos (1964). Edhasa. Barcelona.
Geografía (1964). Editorial Era. México 2a. edición (novela).
Luis Alvarez Petreña (1964). Joaquín Mortiz. México 2a. edición aumentada (novela).
San Juan (1964). “Primer Acto” Núm. 52. Madrid (teatro).
Las Vueltas (1964). Joaquín Mortiz. México (teatro).
Campo Francés (1965). Ruedo Ibérico. París (novela).
Historias de Mala Muerte (1965). Joaquín Mortiz. México (novela).
La Vida Conyugal. Cara y Cruz (1966). Joaquín Mortiz. México 2a. ed. (teatro).
Yo Vivo (1966). El Bardo. Barcelona 2a. ed. (novela).
Mis Páginas Mejores (1966). Creds. Madrid (antología).

Manual de Historia de la Literatura Española, I y II Tomos (1966). Editorial Pormaca, México.
Deseada (1967). Finisterre, México 2a. edición.
Pruebas (1967). Ciencia Nueva, Madrid (ensayos).
Hablo como Hombre (1967). Joaquín Mortiz, México (ensayo).
Morir por Cerrar los Ojos (1967). Editorial Aymá, Barcelona (teatro).
El Cerco (1968). Joaquín Mortiz, México (teatro).
Las Buenas Intenciones (1968). Editorial Andorra, Barcelona 2a. edición (novela).
Campo de los almendros (1968). Joaquín Mortiz, México (novela).
Teatro Completo (1968). Editorial Aguilar, México.
La Calle de Valverde (1968). Aymá, Barcelona 2a. edición (novela).
Campo Cerrado (1968). Editorial Universidad Veracruzana, México 2a. ed. (novela).
Guía de Narradores de la Revolución Mexicana (1969). Fondo de Cultura Económica, México (ensayo).
Últimos cuentos de la guerra de España (1969). Monte Ávila, Caracas (novela).
Retrato de un General (1969). Joaquín Mortiz, México (teatro).
Enero en Cuba (1969). Joaquín Mortiz, México (ensayo).
Signos de Ortografía (1969). Bellas Artes, México (ensayo).
Algunos Crímenes (1969). La Esquina, Barcelona (ensayo).
Poesía Española Contemporánea (1969). Era, México 2a. edición (ensayo).
No (1969). Cuadernos para el Diálogo, Madrid 3a. edición (teatro).

Diario de Djelja (1970). Joaquín Mortiz, México 2a. edición (poesía).
La calle de Valverde (1970). Seix Barral, Barcelona (novela).
La Vida Conyugal (1970). Teatro español actual. Ed. Instituto del Libro. La Habana 4a. edición (teatro).
Jusep Torres Campalans (1970). Ed. Lumen, Barcelona (novela).
Novelas Escogidas (1970). Aguilar, México.
Una Botella (1970) en *Los Trashumantes del INBA* (T. II). INBA, México (teatro).
Notas Mexicanas (1970). Separata de "Papeles de son Armadans". España (miscelánea).
Trampas (1970). "El Urogallo" Núm. 3. Madrid (miscelánea).
La Calle de Valverde (1970). Biblioteca Breve de Bolsillo. Seix Barral. Barcelona 4a. edición (novela).
Los Muertos (1971). Joaquín Mortiz, México (teatro).
Vida y obra de Luis Álvarez Petreña (1971). Seix Barral, Barcelona. 1a. edición completa (novela).
El desconfiado prodigioso (y otras obras) (1971). Taurus Madrid (teatro).

EN PRENSA:

La Gallina Ciega. Joaquín Mortiz, México (miscelánea).
Del Amor. Finisterre, México 2a. edición (teatro).
Versiones y Sub-versiones. Alberto Dallal, Editor (miscelánea).

LA VERDADERA HISTORIA DE LA MUERTE DE FRANCISCO FRANCO

CARA I
Duración:

20'

I
Ignacio Jurado Martínez, nació en El Cómichi, congregación del municipio de Arizpe, en el estado de Sonora, el 8 de agosto de 1918. Tres años después, la familia bajó al ejido del Paso Real de Bejuco, en el municipio de Rosamorada, en Nayarit. De allí, cuando la mamá enviudó por un "quítame estas pajas", se trasladaron —eran cinco hijos— a la villa de Yahualica, en Jalisco. Al cumplir los ocho años, Ignacio se largó a Guadalajara donde fue bolero hasta que, a los quince, se descubrió auténtica vocación de mesero. Un lustro después entró a servir en un café de la calle del 5 de Mayo, en la capital de la República.

—¿Usted, de dónde es?

—De Guadalajara.

[Ser mozo de café es prestar servicios, no famulato; dependencia, no esclavitud; tiénese ocasión de ofrecer, indicar, recomendar, reconocer; lazarillo de gustos ajenos; factótum, no lacayo; maestra-sala, copero, no mozo; camarero, no siervo ni siquiera apellidando libertad. Un mesero tiene personalidad, mayor con los años si cuenta con parroquia fija, más ligada ésta a la costumbre que el servidor. Sólo el peluquero se le puede comparar, y no en la asistencia, menos frecuente.]

Ser mesero titular otorga derechos y conocimientos múltiples. Nacho, del café Español, llegó a institución. [Renunció a su semanal día libre porque nada le gusta tanto como andar de la cocina a sus mesas —ocho, del fondo—, al tanto de las conversaciones, metiendo cuchara en cualquier ocasión, que no faltan.]

Le place tener relación directa con las cosas: el mármol —tan duro, tan fino, tan liso, tan resbaladizo al paso del trapo húmedo; el vidrio, todavía un poco mojado, de los vasos; la loza, blanca brillante, de tazas y platos; las agarraderas de ébano —luego de baquelita— de las grandes cafeteras de aluminio.

El aseo, la nitidez, el abrillantamiento de la piedra, logrado por el rodeo vivo del paño. (No recoge los trastos; hácelo Lupe, la "Güera"; la trata poco, teniendo en cuenta las categorías. Mándala con mirar, pocas palabras, alguna seña de la mano.) Vierte el café y la leche con precisión, a chorro gordo, de pronto cortado a ras del borde de la taza o vaso, con un recorte que demuestra, a cada momento, su conocimiento profundo del oficio.

Párrafos entre corchetes: texto no leído por el autor.

por Max Aub

—¿Mitad y mitad?

—¿Basta?

Le molestó la introducción del café *express*, que le daba servido el brebaje.

Desde el día de su llegada a la capital, el 7 de octubre de 1938, halló un cuarto en la azotea de una casa de la calle de 57, a dos pasos de su trabajo; allí siguió. Bastábale su cama, una silla, una comodita, el baño común —al final del pasillo—, un aparato de radio, para que las noticias no le cogieran desprevenido, a la hora de los desayunos. Come y cena en el café, según lo que sobra en la cocina.] Vida sentimental nunca tuvo; carece de interés masculino: nació neutro, lo dio por bueno. Abundaban busconas por el rumbo, sobre todo los primeros años —las alejó el crecimiento, a borbotones, de la capital—; le conocieron, dejándole de ofrecer sus servicios; él, en cambio, no dejó de prestarles algunos, con lo que fue bien visto, como en todas partes; que eran pocas. [La ciudad, para él, empieza en el Zócalo, acaba en la Alameda: la calle del 5 de Mayo, algo de las de Tacuba y Donceles; mojones impasibles, a izquierda y derecha: la Catedral, el palacio de Bellas Artes; enfrente, los Ferrocarriles Nacionales: la Religión, el Arte, el Mundo, todo al alcance de la mano; le bastaba, sin darse cuenta de ello.]

Pequeño, hirsuto, canicas de obsidiana los ojos vivísimos; barba cerrada, magro, tirando a cobrizo, limpio a medias, los dientes muy blancos de por sí y de no fumar, se movía sin prisas, seguro de su importancia, de llevar a cabo sus funciones con perfección —lo cual era relativo.

—Dos *express*, dos capuchinos, un tehuacán.

—Una coca, un orange, un cuarto de leche.

—Unos tibios, tres minutos; pan tostado. Dos jugos de naranja.

—Una limonada preparada. Dos cafés americanos.

Conoció las paredes del establecimiento cremas, grises y verdes claras (1938-1948-1956); el mostrador al fondo, luego a la izquierda (1947); el cambio de ventiladores (1955), la subida paulatina de precio del café, de 0.25, en 1938, a un peso, en 1958. Un cambio de dueño, en 1950, sin que se alteraran rutina, lista de las consumiciones, ni disposición del local, como no fuese el cambio de lugar del mostrador, antes mencionado.]

—Télez renuncia la semana que viene.

—El 10. de septiembre, Casas será nombrado embajador en Honduras.

—Ruiz pasa a Economía.

—Desaforarán a Henríquez.

—Luis Ch. es el futuro gobernador de Coahuila.

Cierto odio hacia los vendedores de billetes de la lotería nacional, que juzga institución inútil no teniendo necesidades económicas; añádese la protección un tanto prosopopéyica que otorga a los boleros, por su pasado.

Con los años y el oído se hizo "una cultura". Su concepción del mundo es bastante clara; aceptable como está. Más, constante, la curiosidad por los problemas de sus parroquianos y los planteados por los mismos; nada preguntón, por oficio, seguro de que su clientela acaba revelando, a la corta o a la larga, a unos u otros, la solución de sus casos, si la hay.

Existen, naturalmente, consumidores de paso, sin interés, a menos que entren a dilucidar un problema, y lo logren, lo cual se refleja en la propina. De por sí, el oído fino; lo afinó, como sucede con todo, con el diario ejercicio. Las fuentes de su saber fueron variadas, según las horas y el tiempo. Temprano, desayunaban en la mesa de la esquina unos altos empleados de la Compañía de Luz y Electricidad comentando la actualidad puesta de relieve por los titulares de los diarios. Dejando aparte a don Medardo García, bilioso, que sólo se preocupa de su salud, a menos que salte el tema de las inversiones extranjeras, su fuerte, y a don Gustavo Molina, frotándose siempre las manos, lector de algunas revistas norteamericanas, que pasa por listo, a pesar de los cuernos, apasionado por los chistes. Fijos eran, en la mesa contigua, dos librerías, don Pepe y don Chucho, que parecen hermanos, sin serlo; dos funcionarios de los Ferrocarriles, don Juan y don Blas, que sólo se afeitan los miércoles; dos joyeros, don Antonio y don Sebastián; todos viejos, con aficiones a la política aduanera, al cine y a los toros. Dos jóvenes empleados de confianza de un banco gubernativo hablaban, con una regularidad digna de mejor causa, de lo ingurgitado la noche anterior y sus, para ellos, naturales consecuencias. Nacho tuvo así —a lo largo de cinco años, al cabo de los cuales, por cambio normal de Presidente de la República, pasaron a ocuparse de los problemas nacionales de la pesca— conocimiento preciso de casas de lenocinio de todas calañas; lo cual le dio autoridad hasta en este tema, que no le atañía. Juntábanse, a la misma hora, en las otras mesas, tres masones, dependientes de la Secretaría de Comunicaciones, comentando tenidas y los avatares escondidos de la política nacional; el sonorenses se dio pronto cuenta de que no se debían tomar muy en serio sus constantes vaticinios de cambios en los equipos burocráticos y ministeriales. [A pesar de ello, le servían, sirviendo, para darse por enterado.

—Téllez renuncia la semana que viene.

—El 10. de septiembre, Casas será nombrado Embajador en Honduras.

—Ruiz pasa a Economía.

—Desaforarán a Henríquez.

—Luis Ch. es el futuro gobernador de Coahuila.]

En las horas semivacías que siguen, aparecen forasteros; se encuentran amigos que se ven de tarde en tarde; cuéntanse sus peripecias, el nacimiento del último hijo, el cambio de "chamba", la perspectiva de un negocio, cómo les fue en un viaje reciente. Algún senador bebe agua mineral con un amigo particular en busca de recomendación; otro toma café con un conocido apenas, que intenta lo mismo.

De dos a tres y media, el café se puebla de oficinistas: de Comunicaciones, de Agricultura, del Senado, de Correos, de Bellas Artes, del Banco de México, de Ferrocarriles, cuyos edificios fueron construidos alrededor del "Español".

[Es la hora menos interesante: se comentan hechos pequeños, se truena contra los jefes y compañeros, se hacen planes para la tarde, se habla —poco— de la familia, se interpretan las noticias de los periódicos de mediodía, algún artículo o caricatura de los de la mañana, las agruras, el dolor de riñones, la solapada intención de un columnista.]

A las dos y treinta y cinco don Luis Rojas Calzada se sentaba en su mesita cercana al mostrador, hablaba con Elena Rivas, la cajera, mientras trasegaba sus primeros tequilas antes de irse a la cantina de la esquina, a seguir tomando y jugar dominó hasta la una de la mañana. Don Luis, cajero de Ferrocarriles en tiempos de don Porfirio, se conservaba en alcohol; rojito, rejileto, feliz. Faltó el 14 de junio de 1948 porque le enterraron esa misma mañana. Sólo hablaba de lo muy pasado; el mundo, para él, acabó en 1910.

Pegado a la calle —en la mesa que por la mañana ocupaban los de la Compañía de Luz— se reúnen, antes de comer en un restorán de las calles de Brasil, Celerino Pujadas, Nemesio Santos, Mauricio González y Norberto Moreno; suele añadirse algún conocido de todos. Para ellos no hay más universo que el que forjaron, en la década de los veinte, Carranza, Obregón y Calles. Discuten y añoran tranquilamente, aportando datos (todos guardan, a su decir, documentos inéditos que causarían gran revuelo).

—Cuando Maytorena...

—Cuando el general González...

—Cuando el coronel Martínez...

—Cuando Lucio...

—Cuando Villa...

—Eso fue cuando Emiliano...

—No, hermano, perdóname, fue Cárdenas, en 1929.

A lo largo de los años, Nacho tuvo por esa sola mesa, aunque algo unilateralmente —lo reconocía—, un conocimiento pormenorizado de la Revolución; anecdótico y parcial desde luego, pero suficiente para sus afanes históricos, lo que compensaba ciertas exigencias acerca de la temperatura de los brebajes que tragoneaban: tibio el café de don Nemesio, hirviendo el de don Mauricio.

Cuando se retiran los "revolucionarios", empiezan a llegar los "intelectuales", que ocupan, durante tres horas —de tres y media a seis y pico—, las tres mesas del centro.

Los Revueltas, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Octavio Barrera, Luis Cardoza y Aragón, Lolito Montemayor, José y Celestino Gorostiza, Rodolfo Usigli, Manuel Rodríguez Lozano, Lola Álvarez Bravo, Lupe Marín, Chucho Guerrero Galván, Siqueiros, a veces Diego Rivera, hablan de literatura, de la guerra española, de arte; unos de otros, mal por lo común. De teatro, de política, de viajes, de las noticias de los ausentes. Comentan las revistas propias y ajenas. De cine.

La noche, en México, no es propicia para el café; sí para el amor. Entran y salen mujeres al acecho, cinturitas, jotos. Algunos empleados cansados; varios provincianos haciendo recuerdo de lo hecho y por hacer antes de recogerse en los hoteles cercanos. Dos o tres burócratas en mal de horas extraordinarias.

Las meretrices callejeras le tienen al corriente de los chismes de unas y otras, cuidadosas de callar —como no sea de bulto— los azares de su profesión.

A las nueve y media se bajan las cortinas de fierro. A las diez, tras mojar dos panes de dulce en su café con leche, a dormir despaciosamente.

Todo cambió a mediados de 1939: llegaron los refugiados españoles.

II

Varió, ante todo, el tono: en general, antes, nadie alzaba la voz y la paciencia del cliente estaba a la medida del ritmo del servicio. Los refugiados, que llenan el café de la mañana a la noche, sin otro quehacer visible, atruenan: palmadas violentas para llamar al "camarero", psts, oigas estentóreos, protestas, gritos desahogados, incabables discusiones en alta voz, reniegos, palabras inimaginables públicamente para oídos vernáculos. Nacho, de buenas a primeras, pensó regresar a Guadalajara. Pudo más su afición al oficio, la cercanía de su alojamiento, la comodidad, el aprecio del patrón (feliz con el aumento consumicionero, que le permitió traspasar provechosamente el establecimiento a los tres años). El hondo resquemor del inesperado y furioso cambio no desapareció nunca. Sufrió el éxodo ajeno como un ejército de ocupación.

Los recién llegados no podían suponer —en su absoluta ignorancia americana— el caudal de odio hacia los españoles que surgió de la tierra durante las guerras de Independencia, la Reforma y la Revolución, amasado lo mismo con los beneficios que con las depredaciones. Ni alcanzarían a comprenderlo, en su cerrazón nacionalista, con el orgullo que les produjo la obra hispana que descubrieron como beneficio de inventario ajeno, de pronto propio. Jamás las iglesias produjeron tanta jactancia, y más en cabezas, en su mayor número, anticlericales.

Los primeros años, la prensa más leída, partidaria de Franco, les solía llenar de lodo; mientras los revolucionarios, en el poder, antihispanistas por definición, los acogían con simpatía política, los opositores —*carcas* y *gachupines*— los vieron con buenos ojos, por españoles, repudiándolos por revolucionarios. Un lío. Para Ignacio la cosa resultó más fácil, los despreciaba por vocingleros.

A los dos meses, supo de la guerra española como el que más.

[Hasta este momento, las tertulias habían sido por oficio u oficinas, sin hostilidad de mesa a mesa. Los españoles —como de costumbre, decía don Medardo— lo revolvieron todo con sus partidos y subdivisiones sutiles que sólo el tiempo se encargó de aclarar en la mente nada obtusa, para estos matices, del mesero sonoreño; por ejemplo: de cómo un socialista partidario de Negrín no podía hablar sino mal de otro socialista, si era largocaballerista o "de Prieto", ni dirigirle la palabra, a menos que fuesen de la misma provincia; de cómo un anarquista de cierta fracción podía tomar café con un federal, pero no con un anarquista de otro grupo y jamás —desde luego— con un socialista, fuera partidario de quien fuera, de la región que fuese. El haber servido, en un mismo cuerpo de ejército, era ocasión de amistad o lo contrario. El cobrar los exiguos subsidios que se otorgaron a los refugiados los primeros años, subdividía más a los recién llegados: los del SERE frente a los del JARE, así fuesen republicanos, socialistas, comunistas, ácratas, federales, andaluces, gallegos, catalanes, aragoneses, valencianos, montañeses o lo que fueran. En una cosa estaban de acuerdo: en hablar sólo del pasado, con un acento duro, hiriente, que trastornaba. Nacho llegó a soñar que le traspasaban la cabeza, de oreja a oreja, con un enorme alfiler curvo, en forma de C, en un pueblo catalán. De tanto español le nació afición por Cuauhtémoc, que supo perder callando —rémora de cierta tertulia de los jueves por la tarde, de algunos escritores de poco fuste y mala lengua, amenizada por un coronel de tez muy clara y ojos azules, enemigo personal de Hernán Cortés y sus descendientes que —para él— eran, sin lugar a duda, todos los refugiados. A pesar de que Carmen Villalobos —zapoteca puro le hizo ver, el 11 de febrero de 1940 (lo hago constar porque luego las frases se han repetido como propias), que los recién llegados no parecían haber tenido gran cosa

que ver en la toma de Tenochtitlán, sino más bien los ancestros del bizarro coronel Chocano López.]

El mal era otro: traíanse impertérritos en primer lugar y voz en grito:

- Cuando yo...
- Cuando yo...
- Cuando yo...
- Cuando yo le dije al general...
- Cuando tomamos la Muela...
- Cuando yo, al frente de mi compañía...

De la compañía, del regimiento, de la brigada, del cuerpo de ejército... Todos héroes. Todos seguros de que, a los seis meses, regresarían a su país, ascendidos. A menos que empezaran a echarse la culpa, unos a otros:

- Si no es porque la 47 empezó a chaquetear...
- Si no es porque los catalanes no quisieron...
- ¡Qué carajo ni qué coño!
- Si no es porque Prieto...
- ¡Qué joder!
- Si no es porque los comunistas...
- ¡No hombre!
- ¡Mira ése!
- ¿Qué te has creído?
- Ese hijo de puta...

Todos con la c y la z y la ll a flor de labio, hiriendo los aires. Horas, semanas, meses, años.

En general, los autóctonos emigraron del local. Quedaron los del desayuno —que los españoles no eran madrugadores— y los "intelectuales". Ese grupo creció en número y horas. A los mexicanos, se sumaron puntuales Pedro Garfias, León Felipe —barba y bastón—, José Moreno Villa —tan fino—, José Bergamín —con el anterior, únicos de voz baja—, Miguel Prieto, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, José Herrera Petere, Juan Rejano, Francisco Giner de los Ríos, Juan Larrea, Sánchez Barbudo, Gaya; veinte más que trajeron aparejados otros mexicanos en edad de merecer: Ali Chumacero, José Luis Martínez, Jorge González Durán, Octavio Paz. Con ellos transigió Nacho a pesar de lo parco de las consumiciones: ocupábanse del presente, hablaban de revistas y de libros; pronto, el número se redujo por incompatibilidades personales, a las que no solían referirse en voz alta. Además, las conversaciones variaban al aire de las circunstancias, lo que no era el caso en las otras mesas:

- Cuando atacamos la Muela...
 - Si los murcianos no hubieran empezado a gritar: ¡estamos copados!...
 - Si el gobierno no hubiera salido de naja, el 36...
 - Cuando yo...
 - Cuando yo...
 - Cuando yo...
 - No, hombre, no.
 - ¡Qué carajo, ni qué coño!
 - La culpa fue...
 - Pues joder...
 - Ahora, cuando volvamos, no haremos las mismas tonterías...
- No sólo las lides militares: los jueces, los fiscales, los directores generales, los ministros, rememorando —siempre como si fuese ayer—, y la esperanza, idéntica:
- Cuando caiga Franco...
 - Ahí estaba el quid:
 - Cuando caiga Franco...
 - Cuando caiga Franco...

Horas, días, meses, años. Vino la guerra, la otra; contó poco:
—En Jaén, cuando atacamos...
—En el Norte, durante la retirada...
—En Lérida...
—¡Qué te crees tú eso!
—En Brunete, cuando yo...
—Y veíamos Córdoba. Si no hubiera sido por el traidor del general Muñoz, nos colábamos...
—Vete a hacer puñetas...

CARA II
Duración:
18'40"

En 1945 todo parecía arreglado. No hubo tal. Algunos murieron; otros no aparecieron más por el café, trabajando. Llegaron más: de Santo Domingo, de Cuba, de Venezuela, de Guatemala, según los vaivenes de la política caribeña. Lo único que no variaba era el tema, ni el tono, de las discusiones:

—Cuando caiga Franco...
—Aquello no puede durar.
—Tiene que caer...
—¿Ya leíste que...
—Es cuestión de días...

De semanas, de meses —a lo sumo. Los que dudaban acababan callando, apabullados.

El ruido, las palmadas (indicadoras de una inexistente superioridad de mal gusto), la algarabía, la barahúnda, la estridencia de las consonantes, las palabrotas, la altisonancia heridora; días, semanas, meses, años, iguales a sí mismos; al parecer, sin remedio.

III

[En 1952, entró a servir en otro turno Fernando Marín Olmos, puertorriqueño, exilado en México por partidario de Albizu Campos, cabeza cerrada —y encerrada— de los independentistas de Puerto Rico.

Fernando, hablar cantarino y nasal caribeño, menudo, oliváceo, pelo lacio —tan abundante como oscuro—; nariz afilada, larga; boca fina, de oreja a oreja, había sido maestro rural. Luego, en Nueva York, probó toda clase de oficios; en México, después de intentar vender libros a plazos, entró a servir al café Español; cumplido y de pocas palabras. Entendióse bien con Nacho, que respetaba su desmedido afán por las mujeres, y aun le ayudó en alguna ocasión en que el sueldo no le daba para satisfacer su cotidiano apetito sexual.

Tenía Nacho sus ahorros; empujado por su compañero, que no carecía de ideas comerciales, aunque no las supiera poner personalmente en práctica —¿con qué?, siempre en la quinta pregunta— empezó a prestar pequeñas cantidades a gentecillas de los alrededores, con elevados réditos, que acrecieron su capital con cierta rapidez. Pronto Fernando Marín fue confidente de la indignación que le producían el tono —y las salidas del mismo—, los temas obsesivos de los refugiados españoles. No compartió el isleño esa opinión, antes muy al contrario. Nacho cesó inmediatamente su lamentación; le molestaba hablar con quien no fuera de su parecer. Su reconcomio siguió, solitario, carcomiéndole el estómago. De ahí cierta úlcera que, desde entonces, le ató al bicarbonato y al insomnio.

—Cuando caiga Franco...
—El día que volvamos...

Las interminables discusiones hurgaban al sonorese de la glotis al recto. Pensó, con calma, midiendo estrechamente ventajas y desventajas, cambiar de establecimiento; tuvo proposiciones: una de San Ángel, otra en Puente de Vigas, otra al final de la calle de Bolívar; todas lejos de su casa, que no quería abandonar a ningún precio, entre otras razones porque parte de sus obligados económi-

cos solían pagarle allí los intereses semanales de sus préstamos; otros lo hacían en el café (el W. C. era buen despacho). Sin contar que no quería perder la compañía de Fernando, siempre dispuesto a sustituirle mientras despachaba con su clientela reditora. Supo corresponder, duplicando su turno, cuando después de un frustrado atentado, en Washington, de unos irredentos puertorriqueños contra el Presidente Truman (germen, tal vez, de su gran idea), detenían a Marín cada vez que llegaba a México algún personaje norteamericano en viaje oficial (si venía de vacaciones, le dejaban en paz).

Marín solía discutir con los refugiados españoles acerca de las ventajas e inconvenientes del atentado personal. No comprendía cómo habiendo tantos anarquistas en España no hubieran, por lo menos, intentado asesinar a Franco. Los comunistas se oponían asegurando que no serviría de nada su desaparición violenta, como no fuera para reemplazarlo por otro general de la misma clase; los republicanos objetaban sus propios convencimientos liberales; algún federal, opuesto a la pena de muerte, se sublevaba con la sola idea. Los ácratas traían a colación las insalvables dificultades policíacas y militares.

(Nacho no sabe abstraerse; no puede oír el alboroto como tal y desentenderse: tiene que saber y, si puede, meter baza, pegar la hebra, sacar consecuencias. Los diálogos, la cháchara, el chisme, son su sustento, si no mete cuchara, si no echa su cuarto a espadas, si no comenta —que no es discutir—, no está contento. Lo que le gusta del oficio es el ruido confuso del café, pero con sentido: el palique, el cotorreo, el oír mantener opiniones contra viento y marea, una pregunta tras otra, atropelladas; ver crecer, aproximarse como una ola reventona el momento en que alguien no puede zafarse más que con insultos; resiente propias las victorias de la dialéctica, pero no aguanta —aguntándolas— tantas alusiones, parrafadas, retruques, indirectas, memorias, acerca de si hicieron o dejaron de hacer fulano y Zutano en Barcelona, este o aquel en Lérida, Pedro o Juan en Valencia, Negrín, Prieto, Caballero, Azaña en Madrid, en Puigcerdá, en Badajoz, en Jaén, en Mósteles, en Alcira, en Brunete, en Alicante. Todos los días, uno tras otros, durante doce horas, desde 1939; desde hace cerca de veinte años:

—Cuando caiga Franco...
—El día que Franco se muera...
—Cuando tomamos la Muela...
—No entramos en Zaragoza por culpa de los catalanes.
—¡Vete a hacer puñetas!

Ignacio Jurado Martínez —casi calvo, casi en los huesos (la úlcera), casi rico (los préstamos y sus réditos)— no aguanta más. A lo largo de sus insomnios, el frenesí ha ido forjando una solución para su rencor, entrevé un café idílico al que ya no acuden españoles a discutir su futuro enquistados en sus glorias multiplicadas por los espejos fronteros de los recuerdos: resuelto el mañana, desaparecerá el ayer. Tras tanto oírlo, no duda que la muerte de Francisco Franco, resolverá todos sus problemas —los suyos y los ajenos hispanos—, empezando por la úlcera. De oídas, de vista —fotografías de periódicos españoles que, de tarde en tarde, pasan de mano en mano—, conoce las costumbres del Generalísimo. Lo que los anarquistas españoles —que son millones al decir de sus correligionarios— son incapaces de hacer, lo llevará a cabo. Lo hizo.

(Nunca se supo cómo; hasta ahora se descubre, gracias al tiempo y mi empeño. ¿Hasta qué punto pesaron en la determinación de Nacho los relatos de las arbitrariedades, de los crímenes del dictador español, tantas veces relatadas en las mesas que atendía? Lo ignoro. Él, negando, se alzaba de hombros.)]

IV

El 20 de febrero de 1959 habló con su patrón, don Rogelio García Martí, haciéndole presente que, en veinte años, jamás había tomado vacaciones.

- Porque usted no quiso.
- Exactamente, señor.
- ¿Cuánto tiempo faltará?
- ¿Mande? (A veces, desde hacía tiempo, se le iba el santo al cielo, aun en el servicio.) No sé. Pero no se preocupe, el Sindicato le enviará un sustituto.
- ¿Para qué? Marcial (su entenado) no tiene mucho que hacer. ¿Dónde va a ir?
- A Guadalajara.
- ¿Por mucho tiempo?
- Pues a ver.
- ¿Un mes, dos?
- Quién sabe.
- Pero, ¿volverá?
- Si no, ¿qué quiere que haga, señor Rogelio?
- También es cierto... Y ¿cuándo se va?
- Ya le avisaré con tiempo.
- Sacó su pasaporte. Tuvo una larga conversación con Fernando:
- México no reconoce al gobierno de Franco.
- El puertorriqueño le miró con cierta conmiseración:
- Chico, si no tienes algo más nuevo que decirme...
- ¿Me vas a guardar el secreto?
- ¿De qué? ¿De que México...
- No. Voy a ir a España.
- ¿De viaje?
- ¿Qué crees? ¿A quedarme en la mera mata? No, hermano; con los que hay aquí me basta.
- Entonces ¿a qué vas?
- Eso es cuestión mía.
- Chico, perdona.
- Quiero que me hagas un favor.
- Tú mandas.
- México no reconoce al gobierno de Franco...
- Chico, y dale.
- Me molesta ir con mi pasaporte.
- ¿Por qué?
- Cosas mías. Pero tú tienes un pasaporte americano.
- Por desgracia de Dios.
- Préstamelo.
- Nos parecemos como una castaña a una jirafa.
- Perico lo arregla de dos patadas. Nos cambia las fotos como si nada.

[(Perico Guzmán, "El Gendarme"; porque lo fue después de ladrón, antes de volver a serlo. No le gustó el "orden".)

- Y yo ¿mientras tanto?
- ¿Para qué lo quieres?
- Chico, a veces, sirve.
- Te quedas con el mío.
- A ti no te puedo negar nada.]

Así se hizo: por mor de unos papeles, exactamente a las 11 p.m. del 12 de marzo, Ignacio Jurado Morales se convirtió, para todas las naciones del universo, en Fernando Marín Olmos sin que, por el momento, hubiera reciprocidad. El flamante ciudadano norteamericano, obtuvo sin dificultad un visado de tres meses para "pasearse" por España; añadió Francia e Italia, con la buena inten-

ción de conocer esos países antes de regresar a la patria. Voló a España el 2 de junio, en un avión de la compañía Iberia.

En Madrid, se alojó en el 16 de la Carrera de San Jerónimo, en una pensión que le recomendó don Jesús López, que iba y venía con frecuencia "de la Corte a la Ciudad de los Palacios", como le gustaba decir, rimbombante y orondo representante de una casa de vinos de Jerez de la Frontera (gastaba una de las pocas rayas en medio que quedaban: —Peinado de libro abierto a la mitad, como decía Juanito, el bolero— y reloj de bolsillo).

Sabía, por Fernando, que en la embajada norteamericana de la capital española trabajaban algunos paisanos de la Isla. Como sin querer, Nacho se relacionó, a los pocos días, con uno de ellos, en el local del consulado de la gran república. Para curarse en salud, evitando preguntas a las que no pudiera dar cumplida respuesta, se inventó una vida verosímil: salido niño de San Juan, años en Nueva York (sin necesidad del inglés), muchos más en México, de donde el modo de hablar.

[Madrid le gustó. Le pareció que los de la "Villa del oso y del madroño" —otra expresión aprendida de don Jesús López— "pronunciaban" menos que sus parroquianos del café Español. Sintióse a gusto en tantos cafés de los que salió poco, como no fuera para acompañar a Silvio Ramírez Smith, su nuevo amigo, empleado puntual, aficionado a los toros y a la manzanilla, deseoso de permanecer en España, con el miedo constante de ser trasladado a Dinamarca o a Suecia, lo que parecía muy posible; casado con una madura flaca de Iowa que, al contrario, ansiaba abandonar la península, que la molestaba en todo.]

El 21 de junio, conoció a Silvano Portas Carriedo, teniente de infantería, ayudante de uno de los cien agregados militares de la embajada. [Liberal de sí y de sus dólares, bien parecido, menudo, de ojos verdes, no daba abasto al tinto ni a las mujeres bien medidas en carnes, de su real gusto, generalmente compartido. Nacho le fue útil por sus conocimientos profesionales en ambas materias; así, por su ser natural y la úlcera, no fuera más allá de los consejos, eso sí, excelentes; como tal, agradecidos. El sonorense iba a lo suyo, sin esforzarse; callar y mentir no le costaba. Vivía el teniente Portas en un hotel de la Calle de Preciados, en el que ocupaba dos cuartos para mayor facilidad de algunos compañeros que los pagaban a escote, utilizándolos de cuando en cuando. Silvano era de los pocos solteros de la misión. (La palabra *misión* hacía gracia en el caletre más bien estrecho de Nacho: la *misión* norteamericana, que le recordaba las españolas de California —un poco más arriba de su Sonora natal— y la que le llevaba a Madrid.)

Dejando aparte unos solitarios paseos por la Castellana, Nacho Jurado no hizo nada para preparar el atentado; tenía la convicción de que todo saldría como se lo proponía. De lo único que no prejuizaba: de la fuga. En el fondo, le tenía sin cuidado. Lo que llevaría a cabo, respondiendo a un impulso natural, era completamente desinteresado, como no fuese por librarse, si salía con bien, de las conversaciones españolas en "su" café mexicano. Puede ser que obedeciera, sin saberlo, a los intereses de su clase meseril. De todos modos, no esperaba agradecimiento: de ahí el anonimato en que permaneció el autor del hecho hasta hoy.]

El 18 de julio, víspera del *Gran Desfile*, convidó a Silvano Portas a comer en Villa Romana de la Cuesta de las Perdices; el invitado prefirió dar vueltas por algunas tascas y freidurías en busca de pájaros fritos, a los que era muy aficionado, entre otras cosas porque daban ocasión de distinguir entre los tintos vulgares, ciencia en la que demostraba un conocimiento que dejaba atónitos a los dueños de las tabernas. Recalaron, hacia las tres, en el Pulpito,

en la Plaza Mayor, donde comieron, muy a gusto, una tortilla de espárragos.

—¿Qué pasa contigo hoy, viejo?

—Es mi santo.

—No es cierto.

—Bueno, mi cumpleaños.

—¿Cuántos?

—Tanto da.

Tomaron café y coñac en el Dólar, en la calle de Alcalá, y tanto hablaron de cocina y en particular de corderos asados que, después de haber tomado unos vasos de tinto en una taberna de la Cava Baja, donde era muy conocido el militar puertorriqueño, fueron a comerse uno, al lado, en el Mesón del Segoviano, tras una visita a casa de la Lola, en la calle de la Luna, frente a las Benedictinas de San Plácido.

—Tú, ¿no?

—No.

—No eres poco misterioso en este asunto.

—Cada uno es como es.

—¿No te gusta ninguna? Te advierto que esta triguena no está mal.

—Otro día.

—Tú te lo pierdes, viejo.

A las dos de la mañana fueron, paseando la noche, a Heidelberg, en la calle de Zorrilla, a comerse un chateaubriand, como resopón. Transigió el de la isla con un Rioja, aun emperrado:

—Con todo y todo, prefiero mi Valdepeñas...

Uva perdido, salieron los últimos.

—Me tengo que acostar temprano, viejo. Mañana tengo que estar a las diez en la Castellana. El desfile ese de mierda.

—¿Nos tomamos un coñac? ¿El del estribo?

—¿Tú, viejo?

—Por una vez...

Mientras su invitado iba al urinario, el sonorenses echó unas gotas de un compuesto de narcotina en la copa del milite, al que tuvo que sostener regresando al hotel, y meter en la cama.

Lo despertó a las nueve, el de la isla no podía entreabrir los ojos:

—Agua.

Se la dio, con más soporífero.

—No te preocupes: tienes tiempo.

Antes de dar media vuelta, Portas regresó al mundo de los justos. Nacho se vistió, con toda calma, el uniforme de gala, recién planchado, dispuesto en una silla. Le venía bien. Se detuvo a mirarse ante el espejo —cosa que nunca hacía. El verse le dio pie al único chiste que hizo en su vida, de raíz madrileña para mayor inri:

—Hermano, das el opio.

El botones le vio salir sin asombro: los militares norteamericanos suelen vestir de paisanos. Sin embargo, pensó:

—Creí que éste no lo era.

Ignacio tomó un taxi, hizo que lo dejara en la calle de Génova. Bajó hacia la Plaza de Colón, tranquilamente se dirigió hacia la tribuna de los agregados militares extranjeros. Hacía un tiempo espléndido, el desfile había comenzado; la gente se apretujaba por todas partes; aviones por el cielo; pasaba la tropa con pasos contados y recios por el centro del paseo. El cielo azul, los árboles verdes, los uniformes y las armas relucientes, los espectadores bobos: todo como debía ser.

Se acercó a la entrada de la tribuna:

—Traigo un recado urgente para el general Smith, agregado militar norteamericano.

Se cuadró el centinela. Pidiendo perdón, Nacho se abrió paso hacia la esquina izquierda del tablado. Apoyó la pierna zoca contra el barandal. A diez metros, en el estrado central, Francisco Franco presidía, serio, vestido de capitán general. Jurado sacó la pistola, apoyó el cañón en el interior de su codo izquierdo doblado —exactamente como lo pensó— (¿quién podía ver el estrecho círculo de la boca?). Disparó al paso bajo de unos aviones de caza. El estruendo de los motores cubrió el de los tiros. El generalísimo se tambaleó. Todos se abalanzaron. Nacho entre los primeros, la pistola ya en el bolsillo del pantalón. Poco después, se zafó de la confusión, subió por Ayala hasta la calle de Serrano; frente a la Embajada de la República Dominicana alcanzó un taxi.

—¿Ya acabó? —preguntó el chofer, interesado.

—Sí.

Se referían a cosas distintas.

—¿A dónde vamos?

—A la Puerta del Sol.

—No se puede pasar.

—Dé el rodeo que sea.

—A sus órdenes, mi general.

[Silvano Portas, como era de esperar, seguía dormido. Nacho tuvo tiempo de limpiar y engrasar la pistola. A los diez días, tras dos pasados en Barcelona, asombrado de tanto catalán, pasó a Francia. Estuvo un día en Génova, otro en Florencia, tres en Roma, dos en Venecia, según el itinerario establecido por la Agencia Hispanoamericana de Turismo, de la Plaza de España. Llegó a París el 7 de agosto. A su asombro, le sobraba dinero, el suficiente para quedarse un mes más en Europa.] Pensando en dejar boquiabierto a Fernando Marín se pagó un *tour* por Bélgica, Holanda, Dinamarca y Alemania. Desembarcó en Veracruz el 13 de septiembre, del "Covadonga", que había tomado en Vigo. Dejó pasar las fiestas patrias y se presentó a trabajar el 17, muy quitado de la pena.

V

[Parece inútil recordar los acontecimientos que, para esa época, se habían sucedido en España: formación del Directorio Militar bajo la presidencia del general González Tejada; el pronunciamiento del general López Alba, en Cáceres; la proclamación de la Monarquía, su rápido derrumbamiento; el advenimiento de la Tercera República. (Todo ello oscura razón verdadera de la tardanza de Ignacio Jurado en regresar a México; dando tiempo a que los refugiados volvieran a sus lares.)]

Don Rogelio —el patrón— le acogió con el mayor beneplácito:

—Ya era hora. Y ¿cómo le fue?

—Bien.

—¿Cuándo entra a trabajar?

—Ahora mismo, si le parece.

—Perfecto. Ya podía haber enviado alguna postal.

Acudía presuroso Fernando Marín:

—¿Te cogió allá el bochinche?

—No. Estaba en Dinamarca.

—Chico: ¡vaya viaje!

—¿Y tú? ¿Mucho trabajo?

—No quieras saber.

—¿Qué pasa?

Lo supo enseguida. Allí estaban los de siempre —menos don Juan Ceballos y don Pedro Torner, muertos—, todos los refugiados, discutiendo lo mismo:

—Cuando yo...

—Calla, cállate la boca.
—Cuando yo mandaba...
—Cuando tomamos la Muela...
—Cuando yo, al frente de la compañía...
—¡Qué coño ibas tú!...
Más cien refugiados, de los otros, recién llegados:
—Cuando yo...
—Al carajo.
—¿Eras de la Falange o no?
—Cuando entramos en Bilbao.
—Allí estaba yo.
—¡Qué joder!
—¡Qué joder ni qué no joder!

Ignacio Jurado Martínez se hizo pequeño, pequeño, pequeño; hasta que un día no se le vio más.

Le conocí más tarde, ya muy viejo, duro de oído, en Guadalajara.
[—El café es el lugar ideal del hombre. Lo que más se parece al paraíso. ¿Y qué tienen que hacer los españoles en él? ¿O en México? Sus ces serruchan el aire; todo este aserrín que hay por el suelo, de ellos viene. Y si los hombres se han quedado sordos, a ellos se debe. Un café, como debiera ser: sin ruido, los meseros

deslizándose, los clientes silenciosos: todos viendo la televisión, sin necesidad de preguntarles: —¿Qué le sirvo? Se sabe de antemano, por el aspecto, el traje, la corbata, la hora, el brillo de los zapatos, las uñas. Las uñas son lo más importante.]

Hecho una ruina.

—¿Ya se va? Cuando de veras se quiere hablar de cosas que interesan, siempre se queda uno solo. De verdad, sólo se habla con uno mismo. [¿Usted no es mexicano, verdad? Uno no acaba haciéndose al acento de los demás. A mí me hubiera gustado mucho hablar. Por eso fui mesero; ya que no hablaba, por lo menos oía. Pero oír veinte años lo mismo y lo mismo y lo mismo, con aquellas ces.] Y eso que soy muy aguantador. Me ha costado mucho darme cuenta de que el mundo no está bien hecho. Los hombres, a lo más, se dividen en melolengos, nangos, guarines, guatos, guajes, guajolotes, mensos y babosos. Cuestión de matices, como el café con leche. ¿O cree que el café con leche ha vuelto idiota a la humanidad?

Al día siguiente, en su puesto de tacos y tortas, me contó la verdad.

(Guadalajara, amarilla y lila, tan buena de tomar, tan dulce de comer.)

